

dimentos del saber y de la actividad humana. Habrá trabajo intelectual y físico; ejercicios gimnásticos y movimiento desembarazado en las plazas de juego y de gimnasia, en los planos de hielo, en el baño de natación; marchas de ejercicio, combates de palestra y ejercicios para ambos sexos que alternan y se completan entre sí, pues se trata de formar una generación sana, curtida, desarrollada normalmente de cuerpo y de espíritu. Paso á paso se siguen la introducción en las diversas operaciones prácticas, los trabajos fabriles, la horticultura y la agricultura, toda la técnica del proceso de la producción. No se descuida entretanto la instrucción intelectual en los diferentes ramos del saber...

»Conforme al alto nivel de la cultura social, serán de primera calidad el adorno de las clases y los utensilios de enseñanza. En los *medios de instrucción y educación, en el vestido y en el sustento*, ningún alumno se verá pospuesto á los demás. El número y la excelencia del personal docente no desmerecerá de todo eso...

»Tal será la educación de *ambos sexos*, común é igual, debiendo separarlos únicamente en los casos en que la diversidad del sexo lo exija perentoriamente. Y este sistema educativo, rigurosamente reglamentado y sometido á estricta vigilancia hasta la edad que la sociedad declare mayores á sus hijos, habilitará á ambos sexos en to-

dos los sentidos para el disfrute de los derechos que les conceda y el cumplimiento de los deberes que les imponga, pudiendo estar completamente segura la sociedad de haber educado solamente miembros sanos y por todo concepto bien desarrollados.»

#### § 35. VALOR ANTI-PEDAGÓGICO DEL ESPÍRITU SECTARIO DEL SOCIALISMO

Aparte de la verdad ó falsedad de las teorías económicas del Socialismo, pedagógicamente, científicamente, su espíritu educatorio presenta gravísimas deficiencias, que podría sintetizar en ésta: desconociendo la desigualdad de las clases, tiende á desconocer las *desigualdades de individuo á individuo*, y de este desconocimiento resultaría destruída la Libertad de Estudios tal cual la concibo, esto es, por *diferenciación de idiosincrasias individuales*. Según esa teoría de Libertad de Estudios, *cada* educando debe recibir una instrucción singular, *diversa* de otras, propia para desarrollar *en él* todas sus fuerzas y actividades innatas. Nada más contrario á esta doctrina, á sus bases metafísicas, psicológicas y fisiológicas, que el aplanamiento de las idiosincrasias individuales, la mecanización de todas las inteligencias en moldes idénticos; en una palabra, la *democracia intelectual*. La Libertad de Estudios es, en su esen-

cia íntima, en su verdadero espíritu, todo un proceso de *aristocracia por diversificación psico-fisiológica*, para que, como he dicho, cada uno produzca los mejores frutos de que sea susceptible, en el papel que le designa su temperamento en el reparto social.

No se me oculta que esta teoría no se halla en contraposición abierta con las últimas conclusiones del Socialismo *científico*, sino que más bien las corrobora; pero ese Socialismo científico, ese ideal del «Socialismo de cátedra», no es lo que *hoy* predomina en el espíritu de la revolución socialista, donde todo, á lo menos para una enorme mayoría de sectarios, es proceso de democratización y uniformidad de las clases sociales. ¡Y nada más contrario á los principios filosóficos de la educación! Sólo para evitar esas ingratas consecuencias, convendría mantener á la instrucción pública alejada de todo sectarismo socialista, que atacaría el verdadero espíritu, tan intrínsecamente aristocrático, de la Libertad de Estudios.

Por otra parte, la instrucción socialista presentaría también los dos apuntados inconvenientes generales de toda educación sectaria: 1.º, henchir el alma de los niños con las amargas de la lucha política, en perjuicio del equilibrio de su débil psicología; 2.º, ser contraproducente, al punto de motivar, una vez libre el joven de la influencia de esa enseñanza, reacciones fanáticas contra las

ideas que se quiso inculcarle, cuyas reacciones son siempre perjudiciales, así para el individuo como para la sociedad.

La opinión oficial del Estado es, por ahora, en todos los países de mayor cultura, más ó menos anti-socialista. Por tanto, los gabinetes y los parlamentos tratan, por doquiera, de defenderse contra un orden de ideas que consideran, justa ó injustamente, un peligro. Para combatirlo, se cuentan estos medios preventivos: la fuerza y la idea. La fuerza se ha manifestado singularmente en leyes especiales de policía. Nada menos eficaz; pues sometiendo la «Causa» á medidas odiosamente severas, se la realza y ennoblece ante el espectador indiferente que compone la mayoría del público, de manera que las simpatías puedan conquistarse adeptos. Las grandes revoluciones se hacen, no por raciocinio, sino por sentimiento. Por ello, poco á poco, los estados contemporáneos, en un común acuerdo tácito entre anti-socialistas y socialistas, han venido derogando las leyes policíacas «de excepción». La opinión pública las ha condenado de antemano; y excluida la fuerza como contraproducente, queda la idea como palanca de fuerza. ¿Y dónde podría luchar mejor la idea, para los fenómenos sociales del futuro, que formando las opiniones del futuro? ¿Y dónde formarlas sino en la educación? Pues bien, el Estado es, en últimos términos, y aunque las

altas regiones de la instrucción superior no deban caer ni caigan bajo su imperio inmediato, el maestro del pueblo. *¿Podría el Estado servirse de la instrucción como medio preventivo anti-socialista?* He ahí uno de los más delicados problemas contemporáneos de instrucción pública.

De acuerdo con los principios desarrollados, pienso que el Estado *no* debe, bajo ningún concepto, hacer á las escuelas y colegios órganos de propaganda política. ¿Debe por ello permitir que maestros prosélitos propaguen sus ideas socialistas en institutos oficiales ó particulares? En los oficiales es indiscutible su derecho á evitar, según lo expuesto, *todo* sectarismo, cualquiera que fuese, y por el solo hecho de serlo. Pero creo que debe, en virtud de su derecho de inspección, si no prohibir (lo cual sería contrario á la libertad humana de enseñar y aprender), excluir de toda garantía oficial á los institutos socialistas de educación general: no reconocer sus programas ni diplomas, ni permitirles incorporarse á su instrucción. Y entiéndase que ello no importa desconocer la razón ó sinrazón de las doctrinas socialistas, pues tales medidas obedecerían tan sólo al principio de que debe evitarse todo sectarismo en la educación, más que por pasiones de política, por verdades incommutables de pedagogía!

Sin embargo, no debe dejarse al educando, so pena de darle una instrucción incompleta, en ab-

soluta ignorancia de las doctrinas socialistas: la ética en materia de socialismo, por una parte, y la economía política por otra, deben instruirlo, no sectaria sino *críticamente*. El Estado debe velar por ese complemento indispensable de una buena educación moderna, así como, según los anteriores párrafos, no puede excluir de su enseñanza los principios y la historia del Cristianismo. Cristianismo y Socialismo podrían, pues, equipararse bajo ese punto de vista pedagógico.

#### § 36. DOCTRINA DEL MODERNO «ANTICRISTIANISMO».

La reacción del Neohumanismo del siglo XVIII contra la escolástica medioeval, lo ha preparado. Los progresos de las artes políticas, la proclamación universal de los derechos del hombre, los dogmas postlamarckianos de las ciencias físicas y naturales, la facundia del individualismo positivista, las sordas amenazas del Socialismo: todo ha contribuído á producirlo. La ambición de los filósofos que han aspirado á ser porta-voces del nuevo espíritu, lo ha concretado. Y he ahí que, en los modernos tiempos, y como creación de ética ultra-moderna, surge el Anticristianismo, ó, si se quiere, por eufonía, el *Antecristianismo*.

No es la metafísica sub escolástica; no es el deísmo russonian; no es la mofa anti-religiosa de

los buenos tiempos de Voltaire; no es el Cristianismo materialista de Renán. No es nada y lo es todo. Pero sus raíces están más bien en la filosofía de la Voluntad, materializada en Stuart-Mill é idealizada en Schopenhauer. Su abolengo remoto, que no puede hallarse en Rousseau, porque Rousseau era romántico, se descubre en Hobbes. El «estado natural» del hombre-fiera de Hobbes, en perpetua guerra de individuo á individuo y de sociedad á sociedad, y no la fase consensual del contrato, es lo que, en últimos términos, proclama el Anticristo, personaje ideal aún inconcreto: *homo hominis lupus!* Ese «estado natural» de guerra se desborda rudamente en la prehistoria, y aun en la historia, por el animal, la alimentación y la generación, el individuo y la especie; hoy se reduce ya, no á lucha animal, sino á lucha humana. Pero, ¿qué es el hombre sino un animal complejísimo, pero al fin animal, es decir, con todos sus instintos y necesidades? La lucha humana vendría á ser para el Anticristo el «estado natural» de guerra del hombre-fiera primitivo, por la alimentación y por la generación; pero así una como otra función, no son ya trofeos de la lucha de la fuerza: lo son de la inteligencia. El Anticristo no entiende de caridad sino para sí mismo; y la caridad es la piedra angular de la Iglesia de Cristo. El Anticristo representa la filosofía de la acción destructora y vencedora: la negación más ca-

tegórica del Nirvana, con el cual tan estrechamente se emparentan el Nuevo Testamento, Jesús y Buda. El Anticristo es una figura ideal que encarna el espíritu universal, así como Cristo encarnara otro espíritu no menos universal: el de Dios. El Anticristo, finalmente, es una voz que en nuestra época habla cada día más alto, como un trueno del infinito, y dice á nuestro oído: «Nuestro fin es el alcanzar la mayor felicidad; lo bueno es el poder; lo malo, la debilidad; lo moral, la acción; lo natural, fuerza; la virtud, valor; la piedad, imperfección; la destrucción del más débil, triunfo; el triunfo, ¡la felicidad!»

Nadie ha resumido mejor que Nietzsche la naturaleza íntima del Anticristo, aunque más por síntesis, á la manera de los antiguos profetas, que por análisis, al modo de los filósofos modernos. He ahí una de sus mejores definiciones, que se diría un salmo á un doble Dios, tan repugnante cuando muestra su sonrisa de cinismo, como atrayente cuando fija su mirada de Voluntad:

«¿Qué es lo que es bueno? Todo lo que exalta en el hombre el sentimiento de poder, la voluntad de poder, el poder mismo.

»¿Qué es lo que es malo? Todo lo que arraiga en la debilidad.

»¿Qué es la felicidad? El sentimiento que el poder *acrece* cuando una resistencia es vencida.

»No el contentamiento, sino todavía el poder;

no la paz ante todo, sino ante todo la guerra; no la virtud sino el valor (virtud en el estilo del Renacimiento, *vertu*, virtud desprovista de moralidad cristiana).

»Perezcan los débiles y los fracasados: primer principio de nuestro amor á la humanidad. Y que aun se les ayude á desaparecer.

«¿Qué es lo más perjudicial, que no infesta cual el vicio? La piedad que experimenta la acción por los *déclassés* y los débiles: el cristianismo.»

### § 37. SU ABSURDO COMO «MEDI» DE EDUCACIÓN

Podrá la doctrina ultra moderna del Anticristo ser ó no ser, según se opine, eficaz en el proceso de selección de la especie, en el de fuerza y cohesión de las sociedades, en el de progreso universal; cualquiera que sea su verdad ó conveniencia, pienso que, en la educación, ninguna ética puede ser más *adversa* al pleno desarrollo de las potencias latentes en la primera edad de la vida. La educación tiene por objeto, en cierto modo (lo decreta la profunda palabra de Platón), desenvolver al cuerpo y al espíritu todas las energías y perfecciones de que sean capaces. Para la mayor plenitud de ese desenvolvimiento, nada mejor que la libertad individual del educando, dentro de las restricciones sociales. Debe dejarse que obre la naturaleza, coadyuvada y no forzada por

la obra del hombre (Rousseau). El niño, como la mujer, por su debilidad psico-fisiológica, necesita del amparo del más fuerte. Falto de esa protección bienhechora, puede ser juguete de sus malos instintos y de los malos ejemplos. Si se encastilla en sí mismo, si se le aísla en su propia debilidad, rodeado de adversarios más vigorosos, se produce un fenómeno psicológico de fácil comprensión: una depresión de su ánimo. La tristeza de su impotencia presente le ofusca hasta hacerle olvidar la esperanza de su futura virilidad. Con ello, peligra su desarrollo psico-fisiológico: el ánimo apocado no trabaja; la melancolía enerva la actividad del cuerpo. El espíritu y el cuerpo, para el diario ejercicio de sus facultades, necesitan de cierta alegría de suficiencia, de cierta despreocupación, de cierta tranquilidad que difícilmente pueden difundirse en un estudiante proscrito en el aislamiento de su incapacidad. Y es casi fatal que, en la ferocidad disimulada de una masculina educación henchida de espíritu individualista, algo se produce de esa depresión de débiles proscritos. Entonces, para fortificar el ánimo deprimido, debe jugar como resorte importantísimo en la educación moderna el Cristianismo, religión de piedad, religión de consuelo. La del Anticristo es religión de *estímulo*, de guerra implacable, religión de fuerza de ferocidad en las luchas de la vida.

§ 38. EFICACIA DEL CRISTIANISMO «INTERCONFESIONAL» COMO «MEDIO» DE EDUCACIÓN

Sin entrar á estudiar los dogmas del Cristianismo, pienso que ninguna ética es más adecuada á fortalecer el ánimo del niño, para su mejor proceso de crecimiento. Sin discutir la religión en sí, lo cual sería apartarme de esta exposición, dando ya como posible cualquiera de las hipótesis de su verdad ó falsedad, la pedagogía no puede menos de proclamar el Cristianismo, si no como un principio inmutable, como un *medio* eficaz de educación. Más tarde, el libre examen del estudiante formará su criterio en la materia: los sentimientos cristianos que se le inculcaron en la escuela no serán obstáculo á su libertad de pensamiento, en su continuo contacto con la contradicción, y aun cualesquiera que sean sus posteriores creencias, esos sentimientos serán, por lo menos, amable paliativo en las guerras por el sustento y la preponderancia; en las luchas del individualismo, que, en últimos términos, son las del hombre-fera primitivo de Hobbes y las de la fiera-hombre contemporáneo del Anticristo.

Pero se me podría argumentar volviendo á la inversa mi raciocinio: el espíritu del Cristianismo, como religión de amparo y de consuelo, como sostenimiento del débil, ¿no perjudicaría el riguroso ejercicio de las fuerzas innatas del

educando? ¿No lo invitaría al reposo de la voluntad, al enervamiento de la voluntad, en vez de lanzarlo á la palestra de la acción? ¿No aniquilaría su voluntad en vez de enardecerla para esa lucha á la cual la educación lo prepara?...

§ 39. RELATIVA UTILIDAD DEL ESPÍRITU CRISTIANO EN LA EDUCACIÓN, SEGÚN LOS EDUCANDOS

Todo ello, paréceme, es cuestión del *sujeto*. Posible es que el Cristianismo, como *medio* educativo, llegue á enervar la voluntad de individuos de suyo apocados é ineptos para el esfuerzo sostenido y pujante. Pero, en cambio, esa misma doctrina robustece el ánimo del educando débil en su menor edad, y fuerte por las potencias innatas que sólo esperan el cultivo de la educación y las circunstancias de la auto-educación, para manifestarse hasta su plenitud. En otros términos: el Cristianismo, como *medio* educativo, debe coadyuvar á la eliminación de los débiles é inútiles, y al vigorizamiento de los fuertes y útiles; — mientras que el espíritu del Anticristianismo, como *medio* educativo, tiende á disminuir y enervar á todos, débiles y fuertes. — El criterio para juzgar de la fortaleza ó debilidad de individuos ó de razas, será, naturalmente, su *capacidad media*, física y mental, exteriorizándose en sus obras.

Curiosísimo ejemplo de esta tesis nos presenta la historia, en la educación eminentemente cristiana que recibieron los indios en las misiones jesuíticas establecidas en las colonias españolas de Sud-América en los siglos xvii y xviii. En efecto, la *materia prima*, los educandos, eran elemento indígena; es decir, elemento *débil*, elemento enervado psico-fisiológicamente... ¿Qué efectos produciría la educación cristiana que recibieran aquellos *hombres-niños* de sus maestros espirituales, señores de su voluntad? Los guaraníes, raza que llenaba todo el vientre de Sud-América, del Amazonas al Paraná, fueron los principales *sujetos* de aquella educación cristiana de mansedumbre y de piedad; para indagar su capacidad intelectual, baste este hecho conocidísimo y comprobadísimo: no sabían contar más que hasta tres. — Pues bien, las circunstancias históricas vinieron á demostrar, del modo más gráfico, los resultados que podía producir, ensayada en tales elementos, la educación jesuítica... Expulsada la Compañía por decreto de Carlos III, ¿cuáles consecuencias dejó en la copiosa tribu abandonada? Más débiles y más ineptos que nunca, los indígenas cayeron rápidamente en una idolatría *sui generis*; y luego, en la lucha por la vida, los han ido venciendo, poco á poco, los hombres y las cosas, los sucesos y las circunstancias, hasta hacerles desaparecer casi del contacto de los pueblos vivos... El Cristianismo, lejos

de aumentar su fuerza, *acreció* su debilidad. En vez de impulsarle de nuevo y con nuevos bríos á la lucha en que fueron tan bárbaros (sus venganzas eran anteriormente tales que, después de años de enterrados sus enemigos, exhumaban sus huesos para pisotear su cráneo), los llenó de mansedumbre, los entregó inermes á manos opresoras. En cambio, ese mismo Cristianismo, esa misma enseñanza, esa misma educación del Cristianismo, ¿cuántos principios de potencia ha desenvuelto hasta el apogeo en pueblos de valiente nervio y de sangre emprendedora! Diríase que es fuerza para el fuerte y debilidad para el débil, así en los individuos como en los pueblos. — Y en tal caso, tratándose de razas blancas de alto potencial psico fisiológico, es decir, de razas fuertes, pienso que el espíritu cristiano que no se fanatiza es de alta eficacia en el triple proceso de formar al hombre, seleccionar la raza y coadyuvar al progreso.

#### § 40. INEFICACIA DE LA EDUCACIÓN POLÍTICA.

¿Debe la educación formar *opiniones políticas* concretas, ó producir sólo una manera lógica de raciocinio, un *criterio* científico-político? Como se ha visto en su lugar, gran diferencia existe entre lo primero y lo último; *formar una opinión* es inculcar artificialmente un juicio ó un prejuicio

extraño; *producir un criterio* es ejercitar las facultades del raciocinio y la crítica, para que el enseñado pueda hacerse luego una opinión personal. Lo uno es avasallar con una convicción; lo otro, dar imparcial libertad al espíritu para discurrir acerca de las humanas contradicciones. Lo uno poner trabas á la razón; lo otro darle impulsos. De aquel modo se mata ó se pretende matar la iniciativa del pensamiento; de éste, se nutre á la inteligencia para que, á su tiempo, pueda libremente remontarse hasta donde alcancen sus alas. Además, el empeño pedagógico de imponer una opinión en la adolescencia, suele producir en los espíritus vigorosos reacciones psicológicas que determinan, por contraproducción, opiniones diversas; en cambio, la simple educación del criterio, puede producir, exenta de reacciones, opiniones arraigadas.

En este sentido resulta exacto el principio individualista de la educación inglesa, ó la manera poliforme y politeísta, por decirlo así, del amplio sistema alemán. Y reputo errónea, en cambio, la manera como prácticamente consideró la Revolución francesa, en momento de pasiones, á la instrucción pública: palanca de opiniones políticas...

Propósitos semejantes, más ó menos velados, profesan las actuales escuelas francesas, italianas, así como algunas católicas, especialmente jesuíticas. Sostengo, basado en las observaciones que

específico en el curso de este libro, que tales ideas son anti-pedagógicas; por ser contrarias á la naturaleza humana; contrarias al principio del individualismo, tan inútil en toda educación; contrarias á la Libertad de Estudios; y, en fin, hasta subversivas, á veces, por contraproducentes. Tal es, por tanto, la única norma de criterio que considero científica para juzgar las cuestiones relativas á la enseñanza política.

Presenta la historia de Francia los ejemplos más elocuentes de esta ineficacia, que atribuyo á la educación, de formar directamente opiniones políticas y religiosas. Durante el siglo XVII, los jesuitas fueron allí los mayores forjadores de opiniones: ¿con cuáles resultados? La revolución demostró que no ellos, sino sus contrarios, filósofos y enciclopedistas, que no educaron oficialmente, triunfaron sobre el espíritu del pueblo en aquella máxima evolución de ideas. Desencadenada la revolución, los jacobinos impusieron sus doctrinas á la instrucción pública; era como un dogma de «El Contrato social», que el Estado enseñaba para el Estado; y su enseñanza, que era laica, individual, libérrima en política, en religión opositora fanática, ¿qué produjo? El imperio; que no fué una imposición de una clase, sino una manera aceptada en su momento histórico, con júbilo de gloria, por una gran parte de la nación.

Pero nadie tal vez ha pretendido tiranizar más



la educación, sujetar más estrictamente la instrucción pública á sus planes y doctrinas, que Napoleón I, quien llegó á afirmar en el Consejo de Estado de 11 de Marzo de 1806, el siguiente principio: «En la implantación de un instituto docente cualquiera, mi fin principal es dirigir las opiniones políticas y morales...» Su plan educatorio era vasto, profundo y también artificioso, como casi todas sus concepciones. Su fin primordial, su único fin, como él mismo lo declaró, al fundar y reglamentar la instrucción pública, era «dirigir las opiniones políticas y morales» de la juventud á favor del imperio y su política. Con tal objeto ideó aquel pasmoso mecanismo de una educación puramente oficial, bajo la tutela de una grande Universidad de París, dirigida por un gran maestro (*Grand Maître*), funcionario importantísimo del Estado, *político más que pedagógico*. Desterrados los jesuitas, quería reemplazar su enseñanza por la de otros cuerpos oficiales de «jesuitas laicos», que trabajarán para el imperio, «así como aquéllos lo hacían para Roma.» Exigía el mismo desposorio con la enseñanza, aunque sólo por períodos de dos á seis años, la misma asiduidad, el mismo fanatismo excluyente y aún el mismo modo de emulaciones provocadas, vigilancia continua y concursos público-teatrales. En lugar de «J. H. S.» reclamaba el escudo nacional; en lugar del «A. M. D. G.», un ¡*Vive l'Empereur!*, que debía interrumpir las lecturas de

Virgilio y las demostraciones de Newton... Si algún particular llegaba á fundar un gran instituto y á popularizarlo, como M. de Lanneau, que en su colegio privado de *Saint-Barbe* educaba cerca de un millar de jóvenes, inmediatamente el Estado, costare lo que costare, debía anexionarlo á su sistema oficial, á su *máquina de opiniones*. Ese particular debía luego exclamar, como el mismo M. de Lanneau: «No soy ya más que un sargento mayor de estudios lánguidos y fraccionados... bajo la férula del tambor, y los colores militares.» Si en un momento el emperador quería captarse á Roma, admitía, por fórmula, no la generosa enseñanza cristiana interconfesional, sino la católico-sectaria...

¿Qué rastros dejó esa pasmosa máquina en el espíritu del pueblo francés? La historia demuestra que ninguno; caído el militarismo imperial, impopularizada su política, vienen la Restauración y la República.